

tan unida á la francesa como una hija á su madre. Habia establecido una comision en Bonn encargada de administrar el pais y cobrar las contribuciones impuestas en las dos orillas del Rhin. Tenia la comision en caja algo mas de dos millones de francos y la prohibió Hoche que los pasara á manos del pagador del ejército porque entonces habrian caido bajo la autoridad de la tesoreria y empleándose acaso en objetos estraños al ejército. Mandó pagar el sueldo á la columna que iba á poner en movimiento y conservar en reserva cerca de dos millones, ya para ofrecérselos al directorio ya para emplearlos en la espedicion de Irlanda. Esta infraccion á las reglas de la contabilidad se la dictaba su celo político porque aquel general tan jóven, á pesar de haber tenido mas ocasiones que ninguno de enriquecerse, era sumamente pobre y cuando hacia aquellas cosas era en la persuasion de que no solo ejecutaba las órdenes de Barrás mas tambien las de Rewbell y las de Larveilliére Lepeaux.

Ya se habian pasado dos meses desde el 1.º de prerial, es decir, desde la apertura de la nueva legislatura, pues estabamos á mediados de Julio, sin que en todo aquel tiempo hubiesen dejado de hacerse proposiciones segun se acordaban en Clichy, mas ahora preparaban una nueva á la cual daba mucha importancia la faccion realista. Todavía no se habia decretado la organizacion de la

guardia nacional que solo se establecia como principio en la constitucion y los Clichinos querian proporcionarse con ella una fuerza capaz de oponerse al ejército y volver á poner sobre las armas aquella juventud que habian logrado sublevar contra la convencion durante el mes de vendimiarío. Acababan de conseguir que se nombrase una comision del consejo de los Quinientos para presentar un proyecto de organizacion en la cual era Pichegrú el presidente y el relator. Ademas de aquella importante medida habia vuelto á tomar la comision de hacienda á su cargo las proposiciones desechadas por el consejo de los Ancianos y buscaba el modo de presentarlas en otra forma. Por mas temibles que fuesen aquellas proposiciones de los Quinientos no asustaban tanto á los directores como la conspiracion á cuya frente veian á un general célebre y á quien suponian ramificaciones muy estensas en los dos consejos. Ya decididos á obrar, quisieron principiar por hacer algunas mudanzas que consideraban necesarias en el ministerio para dar mas homogeneidad á la administracion del estado, y espresar de una manera firme y decidida la marcha del gobierno.

Aunque la policia de Cochon hubiese incurrido algo en la desgracia de los realistas desde que persiguió á los tres agentes del pretendiente y publicó las circulares á los electores, no por eso de-

jaba de estar adicta á Carnot, por lo cual no era prudente en aquellas circunstancias dejar á su frente un hombre de aquellas relaciones. Tampoco el ministro de la guerra Petiet dejaba de ser el hombre de los realistas, como criatura de Carnot, y así era preciso escluirle tambien para no tener un enemigo en medio entre los ejércitos y la mayoría directorial. Aunque el ministro del interior Benezech era un administrador excelente y un cortesano muy dócil á quien no temia ningún partido, inspiraba algunas sospechas por sus notorias inclinaciones y por la indulgencia con que le trataban los diarios realistas; por lo cual se le quiso mudar tambien aun cuando no fuese mas que para nombrar otro mas seguro. Se tenia una suma confianza en Truguet, ministro de la marina, y en Carlos Delacroix, que lo era de relaciones exteriores; pero por ciertas razones relativas al servicio deseaban los directores mudarlos. Estaba Truguet siendo objeto especial de los ataques de la faccion realista, y lo merecia en parte por su carácter altivo y violento, pues aunque leal y de gran talento, no tenia las consideraciones necesarias con las personas cuando se está al frente de una gran administracion. Además se le podia emplear con ventaja en la carrera diplomática, y el mismo deseaba ir á España á reemplazar al general Perignon, con el objeto de hacer que aque-

lla potencia concurriese á sus grandes designios sobre las Indias. En cuanto á Delacroix, ha dado bastantes pruebas despues de que era hombre capaz de administrar un departamento, pero no tenia la dignidad ni instruccion necesarias para representar á la república ante las potencias de Europa. Sobre todo deseaban los directores con ansia colocar en los negocios estrangeros á otro personaje que era Mr. de Talleyrand, el cual habia sabido interesar con su talento frio, picante y profundo la imaginacion entusiasta de Mma. de Staël. Ella fue quien le puso en comunicacion con Benjamin Constant y este quien le introdujo con Barrás, á quien ganó inmediatamente, como hubiera hecho con otros mucho mas astutos. Despues de haberse hecho presentar por Mma. Staël á Benjamin Constant y por este á Barrás, hizo que Barrás le presentase á Larveilliere, y logró interesar al hombre de bien ni mas ni menos que lo habia hecho con el otro calabera. A todos les pareció muy digno de lástima por estar odiado de la emigracion, como partidario de la república, y desconocido de los patriotas por su calidad de gran señor, siendo víctima á un tiempo de sus opiniones y de su nacimiento. Se convino en nombrarle ministro de negocios exteriores, lisongeándose mucho la vanidad de los directores en servirse de tan gran personaje, estando además bien seguros de que

confiaban los negocios estrangeros á un hombre instruido , habil y relacionado personalmente con toda la diplomacia europea.

Quedaban únicamente Ramel , ministro de hacienda y Merlin de Douai de la justicia , que ambos eran odiosos á los realistas , mas que todos los otros juntos , pero que ambos desempeñaban con tanto celo como aptitud los deberes de su ministerio , y así no querian los tres directores reemplazarlos á ningun precio.

En todo país de instituciones representativas , sean monárquicas ó republicanas , siempre se manifiesta el espíritu y marcha del gobierno por la eleccion de sus ministros y sobre ella se agitan siempre los partidos , ya sea para influir por intereses de opinion ó por ambicion personal. Pero cuando entre los partidos hay uno que desea algo mas que una simple modificacion en la marcha del gobierno y aspira á derribar el régimen existente , este recela mas que todo las reconciliaciones y ó no se mezcla en la eleccion de los ministros , ó si lo hace es para impedir que se verifique. Pichegrú y los Clichinos que estaban en el secreto de la conspiracion , se interesaban muy poco en la mudanza ministerial , pero sin embargo se acercaron á Carnot para hablar del asunto , mas bien como pretexto para sondar y descubrir sus intenciones que para conseguir un resultado que á sus

ojos era muy insignificante. Carnot se habia explicado francamente con ellos hasta por escrito , respondiendo á los miembros que habian venido á tantearle , y les declaró que *primero pereceria que dejar alterar la constitucion , ó deshorrar las autoridades instituidas por ella* (palabras textuales de una de sus cartas). Con esto obligó á los que venian á sondearle á que no le hablasen mas que de proyectos constitucionales , como por ejemplo de la mudanza del ministerio. Por lo que hace á los constitucionales y á los clichinos que no estaban comprometidos en la faccion , deseaban sinceramente conseguir una revolucion ministerial sin pasar de allí , y todos estos se agruparon al rededor de Carnot , como Portalis , Tronzon-Ducoudray , Lacuee , Dumas , Thibaudeau , Dulcet-Pontecoulant , Simeon y Emery ¹⁴ que estuvieron hablando con Carnot y Barthelemy discutiendo las mudanzas que habia que hacer en el ministerio. Los dos que principalmente querian reemplazar eran á Merlin y Ramel , y habiendo atacado particularmente el sistema económico se veia que estaban mas acalorados contra el ministro de hacienda que contra ningun otro. Tambien solicitaban la exoneracion de Truguet y de Carlos Delacroix , pero naturalmente querian conservar á Cochon , Petiet y Benezech. No eran dificiles de persuadir los dos directores Carnot y Barthelemy , y lo que es este úl-

timo no tenia dictámen personal , mas por lo que hace á Carnot miraba como amigos á todos los ministros que quedaban y como enemigos á los que aquellos querian desechar. Pero una cosa era formar proyectos en aquella tertulia , y otra que quisieran consentir los otros tres directores , los cuales estaban bien decididos á despachar precisamente á los ministros que querian conservar los constitucionales.

Como Carnot ignoraba la union que habian formado sus tres cólegas , y mucho menos que Larreveillière hubiese sido el vínculo intermedio entre Rewbell y Barrás , esperó que no sería difícil apartarle de los otros dos , y así aconsejó á los constitucionales que se dirigiesen á él para procurar que entrase en sus miras. En efecto se fueron á casa de Larreveillière , y encontraron en él , en medio de su moderacion , una firmeza invencible. Poco acostumbrado , como todos los hombres de aquel tiempo , á la táctica de los gobiernos representativos , no se figuraba que se pudiese negociar para la eleccion de los ministros * ; y así les dijo á

* Hacia muy bien en no figurárselo , porque esto lejos de ser una consecuencia de la naturaleza de los gobiernos representativos , no es sino un abuso de ellos , y otro medio mas para corromperlos y hacerlos probablemente proscibir mas pronto de las sociedades de los hombres. Es menester ser muy cándido , ó tener por cándidos á los demas para creer

los diputados , que desempeñasen su papel que era el de hacer leyes y les dejasen á ellos desempeñar el suyo que era el de elegir los empleados públi-

que los partidos se interesan mucho en la marcha de los gobiernos y en la política general , que en efecto suele designarse por la eleccion de los ministros. Lo que los partidos desean las noventa y nueve veces de la ciento es conseguir destinos para disfrutar los sueldos y las comodidades que estos proporcionan , y no para que la marcha del gobierno sea mas ó menos pomposa. De aquí nacen todas esas intrigas y coaliciones monstruosas con que se interrumpe ó se embaraza la accion del gobierno obligándole á que emplee en defenderse casi todo el tiempo que debería gastar en la administracion del pais. Cuando la esencia misma de los gobiernos representativos no diese ya tanto pábulo á la corrupcion moral ó material en las elecciones , bastaria esta sola táctica que Mr. Thiers designa como muy natural y propia de semejantes gobiernos para quitar el prestigio entre los hombres virtuosos y sinceros. No negamos la belleza del artificio de esta reciente combinacion del equilibrio de los poderes , pero recelamos que esa misma propiedad absorbente que se empeñan en dar algunos á la accion de los partidos queriendo que negocien en cada uno de los actos importantes del poder ejecutivo , acabe por demostrar que la tal combinacion , plausible tal vez en la sencillez de sus principales ruedas , degenera en un verdadero caos á fuerza de añadirle potencias de accion exterior y rozos de unos poderes con otros , sin que quede otro verdadero recurso á los gobiernos mas que esos golpes violentos , arbitrarios y despóticos , como el del 18 de fructidor que tanto se empeña en justificar á los ojos del lector el ilustre autor de esta historia. (N. del T.)

cos. Nosotros , añadió , debemos dirigir nuestra eleccion segun nuestra conciencia y segun la opinion que tenemos del mérito de los individuos , y no por las exigencias de los partidos. No sabia él entonces , ni tampoco se sabia generalmente , que es preciso componer un ministerio de diferentes influencias , y que estas se han de tomar entre los partidos existentes ; y que siendo la eleccion de tal ó cual ministro una garantia de la direccion que se vá á seguir , puede venir á ser un objeto de negociacion. Tenia ademas Larveillière otras razones para repugnar la transaccion , y era la certeza en que estaba de que él y su amigo Rewbell nunca habian querido y votado mas que el bien , y estaba segurísimo de que la mayoría directorial , cualesquiera que fuesen las miras personales de cada director , nunca habia votado de otro modo ; que en materias de hacienda , por mas que no pudiese impedir todas las malversaciones subalternas , por lo menos las habia administrado lealmente , y lo menos mal posible en las circunstancias ; que en política jamas habia tenido ambicion personal , ni hecho la menor cosa para estender sus prerogativas ; que en la direccion de la guerra tampoco habia aspirado mas que á una paz pronta pero honorífica y gloriosa. Por eso no podia comprender Larveillière , ni admitir las reconvenciones dirigidas al

directorio , que su buena conciencia le hacia inteligibles , y solo veia en los clichinos unos conspiradores pérfidos , y en los constitucionales , los resentimientos del amor propio. Ignoraba como todo el mundo que es necesario tolerar el humor bien ó mal fundado de los partidos como un hecho , y tomar en cuenta todas las pretensiones , hasta las del amor propio mortificado. Fuera de eso , no era mucho lo que exigian los constitucionales , pues si los tres directores coligados querian formar un ministerio homogéneo con que castigar á la faccion realista , los constitucionales exigian por el contrario un ministerio opuesto á aquel que los directores creian necesitar en el peligro actual * , y no tenian otra cosa que ofrecer en cambio sino sus votos , que eran poco numerosos y no los comprometian en ninguna cuestión , por todo lo cual su alianza no era tan interesante que pudiese decidir al directorio á escucharlos y á desistir de sus proyectos. No les dió Larveillière ninguna satisfaccion , aunque se valieron para con él del geólo-

* Es decir , que los unos querian conservar el gobierno de que eran parte principalísima y los otros destruirle impulsados por una faccion ; y con todo eso dice Mr. Thiers que debian *tomarse en cuenta sus pretensiones* , porque así es la moda en los gobiernos representativos. Así suelen ponerse las cosas y las doctrinas en términos que no las conoceria la madre que las parió. (N. del T.)

go Fajuas ¹⁵ de Saint-Fonds, con quien estaba muy relacionado por la conformidad de su afición y de sus estudios; pero todo fue inútil y acabó por responderles: «El día que ustedes se empeñen en atacarnos nos encontrarán muy dispuestos para matarles políticamente, y aunque ustedes desean nuestra sangre, ciertamente no correrá la suya, pero les pondremos en estado de que no pueden hacer daño.»

Aquella firmeza les quitó toda esperanza con respecto á Larreveillière, y entonces les aconsejó Carnot que se dirigiesen á Barrás, aunque dudando mucho del éxito porque conocia el odio que le tenia. Se encargó de hablarle el almirante Villaret Joyeuse, uno de los miembros mas fogosos de la oposición, y que por su mucha propensión á los placeres solia ver á menudo á Barrás, á pesar de la divergencia de sus opiniones. No se mostró tan inflexible como el otro, pues de los cuatro ministros, cuya exoneración pedían los constitucionales, esto es Merlin, Ramel, Truguet y Delacroix, consintió en que se mudasen los dos últimos, y como en esto estaba ya convenido con Rewbell y Larreveillière, no tuvo gran inconveniente en pintárselo como un favor. Sin embargo, bien fuese que con su facilidad acostumbrada prometiera mas de lo que tenia ánimo de cumplir, ó que fuese su intento engañar á Carnot y obligarle á proponer el

mismo el cambio de los ministros, ó por último que tal vez interpretasen los otros demasiado favorablemente su lenguaje, ambiguo por lo común, lo cierto es que vinieron los constitucionales á anunciarle á Carnot que Barrás consentía en todo, y que votaría con él sobre cada uno de los ministros. Solicitaban los constitucionales que la mudanza se hiciese inmediatamente, pero dudando Carnot y Barteley de las verdaderas disposiciones de Barrás, titubeaban en tomar la iniciativa y querían que la tomase Barrás, mas este les respondía que era demasiado el desenfreno de los diarios, y no era cosa de que se persuadiesen á que se les obedecia. Se procuró hacer callar á los diarios, pero en el entre tanto como Rewbell y Larreveillière ignoraban estas intrigas, lo tomaron ellos por su cuenta, y el día 28 de messidor declaró Rewbell en la sesión del directorio que ya era tiempo de acabar con ello y de hacer que cesasen las fluctuaciones del gobierno, ocupándose en la mudanza de ministros. Propuso que se procediese al instante al escrutinio secreto, y como todos estaban de acuerdo en escluir á Truguet y Delacroix, quedaron exonerados á la unanimidad; mas en cuanto á Ramel y Merlin que querían reemplazar los constitucionales solo tuvieron en contra los dos votos de Carnot y Barthelemy. Los otros tres Cochon, Petiet y Benezech fueron destituidos por

los votos de Barrás, Rewbell y Larveillére que eran los que habian sostenido á Merlin y Ramel. De este modo quedaba completo el plan de reforma adoptado por la mayoría directorial, y viéndose burlado Carnot, quiso diferir á lo menos el nombramiento de los sucesores diciendo que no estaba preparado para hacer su eleccion. A esto se le respondió con alguna dureza que un director debia estarlo siempre, ó no proceder á destituir un empleado sin tener fijadas sus ideas sobre quien le habia de remplazar, y así se le obligó á votar en el mismo acto. Fueron nombrados por la misma mayoría los cinco sucesores, quedando conservados Ramel en hacienda, Merlin en la justicia y se confirió á Mr. de Talleyrand el de negocios estrangeros; para la marina un antiguo y valiente marino llamado Pleville Le Peley¹⁶; para el interior un iliterato bastante distinguido llamado Francois de Neufchateau; para la policia á Lenoir Laroche¹⁷, hombre prudente é ilustrado que escribia entonces muy buenos artículos políticos en el *Monitor*; últimamente para la guerra al jóven y brillante general Hoche en quien habian resuelto apoyarse. Este no tenia la edad requerida por la constitucion que era la de 30 años y aunque se sabia muy bien esta falta, propuso Larveillére á sus dos cólegas Rewbell y Barrás que le nombrasen, salvo á reemplazarle dentro de dos dias, con

el fin de que se les aficionase, y de dar una prueba de aprecio á los ejércitos. De esta suerte concurrió todo el mundo á aquella mudanza que llegó á ser decisiva como vamos á ver. Era bastante frecuente que los diversos partidos contribuyesen á un mismo suceso, creyendo cada cual que le seria provechoso, pero siempre el mas fuerte era quien decidia el resultado á su favor.

Aun cuando Carnot no tuviese un carácter tan irritable, no podia menos de indignarse con lo que habia pasado viéndose burlado por Barrás, y acudieron á su casa los miembros del cuerpo legislativo que se habian mezclado en la negociacion, á saber todos los pormenores de la sesion del directorio, desatándose contra Barrás, á quien llamaban tunante, mostrando todos la mayor indignacion. Pero ocurrió un suceso que llevó á su colmo la efervescencia. Habia Hoche por dictámen de Barrás puesto sus tropas en movimiento con intencion de dirigirlas efectivamente á Brest, pero deteniéndolas unos dias en las cercanias de la capital. Habia elegido la legion de los Francos mandada por Humbert y la de infanteria de Lemoine¹⁸ así como la division de cazadores que mandaba Richepanse¹⁹, con un regimiento de artilleria formando en todo una fuerza de catorce á quince mil hombres. Ya habia llegado la division de cazadores de Richepanse á La-Ferte-Alais á once

leguas de Paris, lo cual era una imprudencia, porque el radio constitucional era de doce leguas y hasta que llegara el momento de obrar no debia pasarse el limite legal. Dependió aquella falta del error de un comisario de guerra que habia violado la ley sin saberla, y se agregaron otras varias circunstancias que agravaron la imprudencia, porque viendo las tropas la direccion que se les mandaba tomar, y sabiendo lo que pasaba en el interior, no dudaban de que su marcha era contra los consejos. Los oficiales y los soldados decian por el camino que iban á poner en razon á los aristocratas de Paris; pero Hoche se habia contentado con advertir al ministro de guerra del movimiento general de tropas sobre Brest para la expedicion de Irlanda.

Todas estas circunstancias indicaban á los diferentes partidos que se aproximaba algun suceso decisivo, y la oposicion y los enemigos del gobierno redoblaron su actividad para parar el golpe que les amenazaba, asi como el directorio no se descuidó por su parte en acelerar la ejecucion de sus proyectos y asegurar la victoria, que como veremos ahora la consiguió plenamente.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO PRIMERO.

PAGINA 10.

1 Guillermo Windham Grenville secretario de estado de S. M. B. hijo segundo del célebre Jorge Grenville primer ministro de Jorge III. nació el 25 de octubre 1755. Apenas entró en el parlamento se agregó al partido de Pitt y fue nombrado orador de la cámara de los comunes. En 1791 le nombraron ministro de negocios estrangeros despues de haber sido empleado en el del interior. El fue quien se opuso á recibir en 1792 y 93 como embajador de la república francesa á M. de Chauvelin, anunciándole que ninguno de los que hiciesen el menor daño á Luis XVI encontraria asilo en los dominios de la Gran Bretaña. En consecuencia fue siempre del partido de la guerra perpetua, hasta que las victorias de Bonaparte llegaron á aislar enteramente al gabinete ingles, pues entonces se apresuró, como dice muy bien el texto, á proponer la negociacion de Lille. Verdad es que sirvió de muy poco, asi ésta como todas las demas que se intentaron, inclusa la que suscitó Bonaparte inmediatamente despues que ascendió al consulado, escribiendo directamente al rey de Inglaterra, porque respondió el lord Grenville que una de las primeras condiciones del tratado habia de ser el restablecimiento de los Borbones. Con poner semejante condicion estaba seguro, igualmente que Pitt, que ningun convenio era posible y de aqui tomaban pie para sostener en el parlamento que ninguno de los gobiernos franceses deseaba sinceramente la paz. Confesó francamente en un largo discurso que pronunció el 19 de julio de 1800, que ni él, ni ninguno de sus compañeros habian adivinado la marcha política y mi-